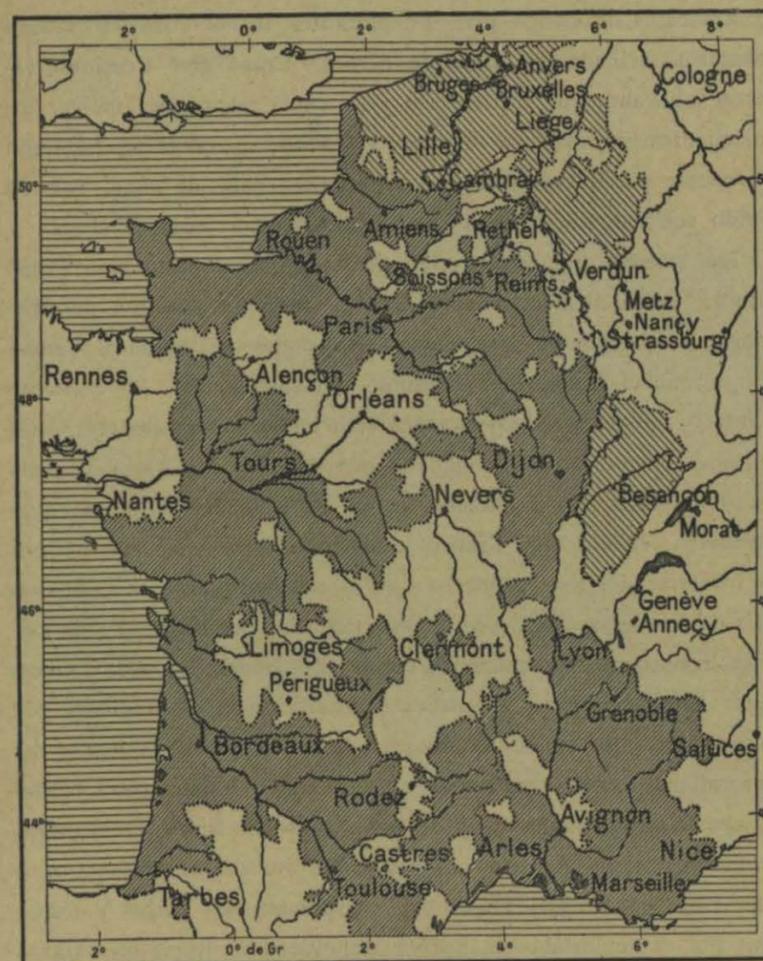


hubiese querido universal, hizo de sus diez años de reinado diez años de guerras, y acabó por perecer miserablemente ante las murallas de Nancy (1477). Anteriormente, dos sangrientas derrotas sufridas en Suiza, en Granson y en Morat, le habían despojado de su prestigio: los ribereños del lago de Morat se complacían en mostrar flotando sobre las aguas grandes algas manchadas de rojo, que llamaban «sangre de los Borgoñones».

La casa de Borgoña se derrumbó en provecho de los Estados vecinos, sobre todo en el de Francia. Cuando murió Luis XI había extendido su reino hasta los Alpes y los Pirineos, y muchas ciudades que antes sólo le habían pertenecido por los lazos de un homenaje indirecto, se hallaban definitivamente sometidas á sus leyes; los ingresos de su territorio se habían elevado á más del doble, y el peso de los impuestos pagados por los burgueses y los proletarios se había aligerado notablemente. En cuanto á Suiza, enorgullecida por sus victorias, llegó á dejarse arrastrar por su mismo triunfo á la vergüenza nacional por excelencia, la de vender sus hombres al que más pagaba como instrumentos vivientes de guerra. El alquiler de los mercenarios llegó á ser la principal industria de los confederados: durante cuatrocientos años, los Suizos, hoy tan orgullosos de sus «libres montañas», tuvieron por lucrativo oficio el de ir á destruir por dinero la libertad de los pueblos circundantes. Francia, sobre todo, fué el mercado de carne helvética; de 13 cantones, 12 se habían comprometido á suministrar al rey una leva permanente de seis mil á dieciséis mil hombres, pero no bastaban los salarios estipulados, se necesitaban además regalos: frecuentemente los Suizos esperados no se presentaban.

El sucesor de Luis XI no tuvo reparo en derrochar realmente las economías de su padre. Como Carlos el Temerario, pero sin energía de voluntad, Carlos VIII se dejó guiar por su fantasía, y como ésta le mostró las maravillas de Italia, quedó fascinado. En realidad, la expedición de Carlos al otro lado de los Alpes no fué una guerra, sino una aventura novelesca; ni siquiera sabía dónde iba, se dirigía únicamente hacia el sol del Mediodía, hacia el mar azul, hacia los países espléndidos de los cuales había salido la vida; caminaba adelante como el paladín de las leyendas que había leído en su infancia. No hubo conquista más fácil, porque Italia, dividida políticamente

N.º 372. Francia al final del siglo XV.



1 : 7 500 000

0 100 250 500 Kil.

El rayado ancho cubre el territorio que quedó á la casa de Borgoña á la muerte de Carlos el Temerario. Durante su vida el duque poseyó el ducado de Borgoña (véase mapa n.º 345, página 149), y, por poco tiempo, la Alsacia, después la Lorena.

El rayado estrecho indica el territorio directamente gobernado por Luis XI al final de su reinado; Bretaña se le unió pronto, en 1491, por el matrimonio de Carlos VIII con la joven duquesa Ana, que se casó también con su sucesor Luis XII.

entre tantos príncipes, no tenía ya fuerza de resistencia colectiva en sus municipios, y también porque la mayor parte de los letrados habían ya dejado atrás la estrecha concepción de patria, sin haber

comprendido aún que todo opresor es el enemigo. Así fué como los Franceses de Carlos VIII, «deplorables, malos y desarreglados» alcanzaron fácilmente la fama de héroes. Como dice Comines, vinieron «llevando los furrieles el yeso en la mano para marcar los alojamientos sin ninguna dificultad». Pero, no obstante, hubieron de repasar precipitadamente los Alpes para salir de aquel país de pérfido suelo donde hubieran arriesgado perecer hasta el último.

Las guerras que siguieron, bajo Luis XII y hasta bajo Francisco I, fueron dictadas también por el ansia de posesión del Mediodía: en el fondo eran nuevas invasiones de bárbaros, como las que habían conmovido el mundo mil años antes. En concepto político y militar esas expediciones eran imprudentes; era tanto más arriesgado aventurarse á lo lejos al otro lado de los Alpes de peligrosos senderos, en el Milanesado, en las Romanías y hasta en la Napolitana, cuanto que Francia quedaba abierta y amenazada por sus fronteras del Norte, por lo que el resultado de esas campañas había de ser desastroso desde el punto de vista material. Y, sin embargo, resultó un bien indirecto: durante dos generaciones, la Francia militar había vivido en el ensueño, atraída hacia el Mediodía por sus hermosos cuadros, sus estatuas y sus libros, que el esplendor del Renacimiento exponía brillantemente á la luz. Después otros bárbaros, aparte de los Franceses y de sus aliados, los Suizos, censurados por los versos del Ariosto ¹, «*quei villan bruti*», se presentaron á tomar parte en el pillaje; á su vez los Alemanes de Carlos V, mandados por el condestable de Borbón, renovaron en Roma las hazañas de los Godos y de los Vándalos. Los fenómenos de endósmosis y de exósmosis que se producen en los cuerpos organizados tienen también lugar en el cuerpo social. En virtud de su misma preeminencia en el mundo intelectual y moral, Italia se entregaba á los pueblos vecinos, y, según el grado de cultura de los hombres que participaban de sus bienes, daba á los unos comilonas y festines, ó bien oro, pedrerías y joyas; á los otros el tesoro imperecedero de la ciencia y del arte. El dominio del Renacimiento se extendía de ese modo en las comarcas circundantes, mas por el hecho mismo del contacto

¹ Orlando furioso.

N.º 373. Campañas francesas en Italia.



1: 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

- Los principales acontecimientos de las campañas de Italia pueden agruparse de este modo:
- 1494-1495. Entrada de Carlos VIII en Nápoles, vuelta precipitada, batalla de Fornoue (1).
 - 1500-1512. Victoria de Luis XII en Novara (2), ocupación de Milán, entrada en Nápoles en 1501; retirada en 1503, pérdida de Gaeta en 1504; insurrección de Génova en 1507; derrota de los Venecianos en Agnadello (3) en 1509; victorias francesas en Bologna y en Valleggio (4) en 1512, después, en aquel mismo año, derrota de Rávena (5) y pérdida del Milanesado.
 - 1513. Derrota de Novara (2), evacuación de la mayor parte del Piamonte.
 - 1515-1524. Francisco I en Marignan (6), ocupación del Milanesado; derrota de la Bicocca (7) en 1522; los Imperiales invaden la Provenza y sitian á Marsella, 1524.
 - 1525-1529. Nuevo ataque de Francisco I, derrota de Pavia (8). Saqueo de Roma por el condestable de Borbón 1527, derrota de los Franceses en Landriano (9).
 - 1544. Inútil victoria de los Franceses en Cerisola (10).
- El Piamonte fué ocupado por los Franceses durante la mayor parte del siglo xvi.

y de la propagación de las ideas, no por la voluntad de los dueños, como lo han pretendido los historiadores sometidos al espejismo del

poder. La adulación ha concedido el título de «Protector de las ciencias y de las artes» al rey Francisco I, pero conviene saber que, por sus cartas patentes de 13 de Enero de 1534, ese personaje declaraba querer la supresión de la imprenta. «En su singular afecto por el acrecentamiento de las bellas letras y estudios», había exceptuado de diversos impuestos y del servicio militar los veinticuatro impresores librereros de París; pero, cediendo á las quejas interesadas de los doctores en Sorbona, amenazó con «la horca á quien en lo sucesivo imprimiera ó hiciera imprimir en su reino». Sin embargo, mediante la petición del Parlamento, «doce personajes bien calificados y garantizados» fueron autorizados para imprimir los libros «aprobados y necesarios al bien público»¹.

Por una singular ironía de las cosas, el período del Renacimiento en Europa coincidió para España con una repentina y lamentable decadencia. La Iglesia católica triunfante, jerarquía poderosa que se unía oficialmente á Roma pero que obraba como autocracia perfecta, sin otro objeto que la defensa de su poder absoluto, había llegado á ser la dominadora universal y trabajaba gradualmente para dominar á la realeza misma, para hacerla impotente por la red del ceremonial y de la etiqueta. Sabido es cómo habían logrado aprovecharse los curas de la liga de las ciudades contra los señores para sobreponerse á aquella «santa Fraternidad» y transformar la unidad civil en un tribunal eclesiástico, la Inquisición. Aquellos defensores de la fe se encarnizaron contra todo pensamiento independiente. Su primer cuidado fué quemar las bibliotecas y cerrar las escuelas y los baños; después se dirigieron á lo que quedaba del pasado, derribando los edificios, cubriendo las obras maestras de arabescos con groseros revoques, abandonando los trabajos de riego y exhumando millones de cadáveres, todas las generaciones pasadas, para hacer con ellas hogueras populares. ¡Sobre aquella misma tierra, las llamas materiales, símbolo de las llamas del infierno que no se extinguirán jamás, debían exterminar todos los heresiarcas y relapsos, Judíos, Moros y sobre todo pensadores libres!

¹ Pierre Margry, *Navigations françaises*.

En el año 1492, el año mismo que vió la toma de Granada y el descubrimiento de América, la persecución de los Judíos españoles fué inaugurada de una manera atroz. Se declaró el bautismo obligatorio, y todo Judío que se negaba á bautizarse quedaba obligado á salir del reino en el plazo de tres meses bajo pena de muerte y confiscación de bienes. Los que rechazaban la abjuración y preferían el destierro quedaban libres, hasta el momento de su partida, de disponer de su fortuna, pero no de llevarse el valor en oro ó plata; era, pues, la ruina absoluta: los desgraciados huían por todas partes, pero se desencadenó la caza del hombre, y como la crueldad de los soberanos autorizaba la de los súbditos, se despojó y asesinó á



Cl. J. Kuhn, edit.

PALACIO DE BLOIS — ALA DE FRANCISCO I
LA GRAN ESCALERA

los fugitivos. Ochenta mil Judíos buscaron un paso hacia el mar á través de Portugal, y el rey Juan II les vendió el tránsito al precio de ocho escudos de oro por cabeza. Doscientos ó trescientos mil proscritos se dispersaron por África y por Oriente; no quedaron más que traidores, apóstatas, los *marranos*, entregados de antemano á la sospecha y á nuevas persecuciones.

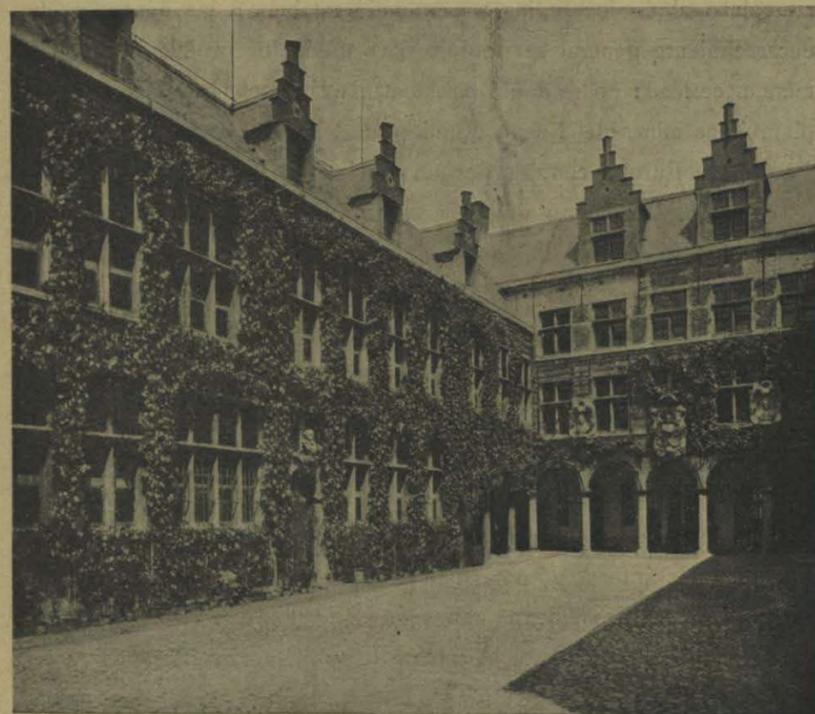
Semejantes atentados contra toda una raza que hasta entonces había tenido como intermediaria el monopolio del comercio, no podían llevarse á cabo sin tener como consecuencia una vuelta completa

hacia la barbarie primitiva, si los Judíos expulsados no hubieran podido ser reemplazados por rivales, cristianos verdaderos ó supuestos. Y esos cristianos que se apresuraban á tomar la sucesión de los Judíos se presentaban en multitud, sobre todo Italianos, Flamencos y Suavios. Los grandes movimientos geográficos causados por el aumento en extensión del mundo comercial explican ese desplazamiento de los centros de actividad. En primer lugar, el cierre de los caminos orientales por los Turcos había hecho refluir hacia Occidente las gentes de comercio, y de los más hábiles entre ellos, Venecianos, Lombardos y Florentinos: de Bristol á Cádiz, se les encontraba en todas partes, fijando su residencia. Por la iniciativa de los negocios, por el trato con los clientes, por la habilidad en toda transacción de dinero y de diplomacia, los Florentinos habían llegado á ser los principales intermediarios de Europa: el papa Bonifacio VIII decía de ellos que eran el «quinto elemento» después de la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Pero desde el punto de vista puramente hacendista fueron principalmente los Alemanes del Sudoeste quienes reemplazaron á los Judíos en el manejo de los grandes negocios de España. Cuando Venecia hubo perdido su dominio comercial, las ciudades activas de Alemania no cesaron de considerarla como la ciudad sin igual, y especialmente los Augsburgueses continuaban enviando á ella sus jóvenes como á la escuela del negocio por excelencia. Sin embargo, la gran revolución que había herido á Italia debía quebrantar de rechazo el comercio de la Alemania interior. El primer resultado fué desplazar todo el centro de gravedad hacia el Oeste: habiendo sido reemplazada Venecia por Lisboa como mercado de importación de las Indias, los depósitos de la Europa central sufrieron un movimiento general de atracción en sentido de Occidente; las vías mayores cambiaron de dirección y algunas grandes ciudades del Este perdieron su antigua actividad. Especialmente Breslau fué rebajado en beneficio de Leipzig, mientras que las ciudades occidentales de Alemania, sobre todo las del ángulo sudoeste, ganaron en importancia relativa¹.

¹ J. Partsch, *Lage und Bedeutung Breslau's*, p. 7.

En tanto que Portugal, dueño del camino de las Indias, conservó la preponderancia en los cambios con el mundo de las especias, Augsburgo y Nuremberg, en muy buenas relaciones con Lisboa, lograron aprovecharse indirectamente de la nueva vía que se había abierto al comercio del mundo; hasta hubo negociantes de Alemania,



AMBERES — PATIO DEL MUSEO PLANTIN

Cl. J. Kuhn, edit.

con sus secretarios y sus empleados, que fueron autorizados para tomar parte en las expediciones á la India y unir algunos barcos al convoy de la flota real¹. Pero de Alemania á Lisboa, lo mismo que á Sevilla y á Cádiz, puertos de expedición de España, el camino era mucho más largo que á Venecia y á Génova, y sobre todo había que franquear las numerosas y temibles aduanas intermediarias en Francia y en España. Los peligros eran mayores, los viajes más dispendiosos, únicamente grandes capitalistas podían arriesgarse á ese

¹ F. Kunstmann, *Historisch-politische Blätter*, 48, 1861.

lucrativo comercio de las especias, y fué necesario que poderosísimos sindicatos unieran sus capitales para la explotación de ese tráfico; se aumentó su riqueza, y, en consecuencia, su audacia: gradualmente esas «compañías generales» acapararon los trigos, los vinos, la carne, lo mismo que los frutos coloniales, y la sociedad entera fué cada vez más explotada por ellas. El monopolio de esas compañías, que reemplazó al de los Judíos, se extendió también á las minas, y un encarecimiento general se produjo para todos los productos de primera necesidad: no se debió en Alemania la gran depreciación de la plata á las minas del Nuevo Mundo, como se cree comunmente, sino á las de la Europa central, por un movimiento paralelo¹.

Ese desplazamiento del poder se produjo también en Rusia, y, en gran parte, bajo la influencia de las mismas causas. La república de Novgorod no era ya «todopoderosa», y la envidia de sus rivales, Pskov y Moscou, rompió su independencia; sus mejores ciudadanos fueron desterrados y substituídos por inmigrantes moscovitas. Se olvidó el camino de los antiguos mercados; los Novgorodianos, sometidos á servidumbre, no tuvieron ya relaciones comerciales con las comarcas que recorre el Ob' «al otro lado de las fronteras», es decir, al este de los montes Urales, y este país, ya bien conocido de los escritores árabes, y, por su mediación, de los geógrafos cristianos, debió ser descubierto una segunda vez, en 1579, cuando el cosaco fugitivo Yermak, á la cabeza de sus bandidos, penetró en la ciudad de Sibir. El patriotismo guerrero, que no concibe nada sin la violencia, considera meritorio que Yermak ocupara como conquistador unos territorios cuyos habitantes hubieran continuado tranquilamente sus transacciones pacíficas de los antiguos tiempos, si los mismos emperadores de Rusia no lo hubieran imposibilitado en absoluto.

Mientras que la alta banca cristiana de Alemania, más usuraria que lo que habían sido los Judíos españoles, preparaba la sujeción y la ruina definitiva de los habitantes de la península Ibérica, las guerras de expansión política al exterior continuaban sin tregua. Se comprende que la constante batalla, que fué durante siete siglos

¹ J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 384.

el estado normal de las poblaciones, no podía cesar bruscamente. Vencedores de los Moros, dueños de todo el suelo de los abuelos entre los Pirineos y el estrecho, los Españoles debían, en virtud de la herencia, tratar de emplear fuera su excedente de fuerza. Los más



CI. J. Kuhn, edit.
MOSCOU — IGLESIA DE BASILIO EL BIENAVENTURADO, 1544

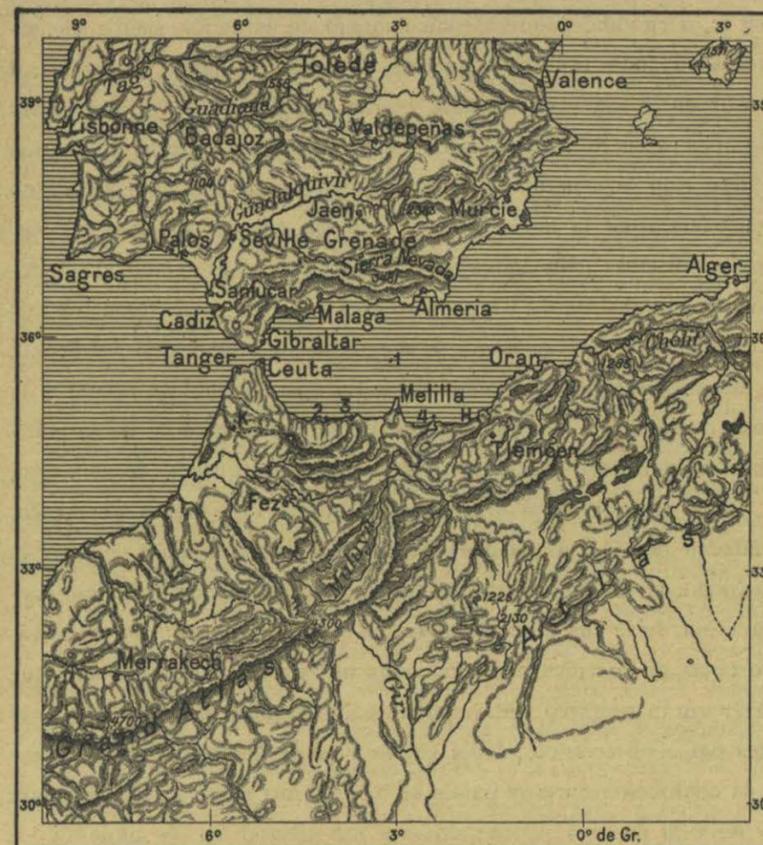
atrevidos entre los batalladores y los aventureros veían abrirse ante ellos el Nuevo Mundo, pero esas tierras milagrosas, de que pronto se contaron maravillas, estaban muy distantes; los buques que á ellas se dirigían, algunos de los cuales huían en secreto, sin anuencia del fisco, eran escasos y las expediciones muy costosas, porque los soberanos unidos de Castilla y Aragón, muy avaros, no querían arriesgar

grandes tesoros en aquellas conquistas lejanas y de resultados todavía dudosos. Asimismo no se comprometían sino con prudencia sobre el litoral de África, cuyo interior les era vagamente conocido; pero, muy ávidos de las riquezas que veían á su alcance, cayeron sobre las islas del Mediterráneo y sobre la Italia meridional: por ese lado entraron á fondo, no ya por afición á las aventuras y por placer, como los Franceses de Carlos VIII, sino como gentes prácticas, muy decididos á conservar las ricas comarcas cuya posesión habían adquirido. Entre las casas reales de diverso origen que se han sucedido en el dominio de Nápoles, no ha habido una que superase en solidez á la de Aragón: creía en su fuerza. En Nápoles, el rey Ferrante era un dueño absoluto, un verdadero rey-sol, más rudo, mas trágico, menos majestuoso, es cierto, que lo fué después Luis XIV. «Creemos en un solo Dios en su gloria, no vemos más que un sol en los cielos y adoramos un rey en la tierra», decía Giuniano Maio en su libro *De Majestate*.

Y ese orgullo español, á la vez aragonés y castellano, parecía justificado por el éxito y por ese valor militar á que en época de turbulencias suele concederse la mayor importancia. Donde quiera se presentaba la sólida infantería española obtenía la victoria. La guerra, acompañada de la crueldad y del ansia de rapiña, había entrado en la sangre de los vencedores del Islam; pero las victorias se compran, no sólo con la desgracia de los vencidos, sino también por el retroceso moral y material de los triunfadores. Vióse un ejemplo notable de ello en todas las comarcas que baña el Mediterráneo occidental. Antes de las agresiones españolas, cuando la Mauritania no tenía más habitantes que indígenas bereberes é invasores árabes, los Europeos vivían allí en paz y el derecho de gentes era respetado. Existían tratados regulares entre las comunidades de las dos riberas opuestas; se habían establecido colonias de mercaderes en las ciudades moras, las personas y los bienes se habían conservado y respetado, y hasta el cristiano extranjero tenía el derecho de edificar iglesias al lado de las mezquitas. Los soberanos de la Mauritania, especialmente los reyes de Tlemcen, tenían á su servicio milicias cristianas: durante tres siglos, hasta el final del XV el vaivén se hacía libremente desde Provenza é Italia á toda la costa

berberisca y á las ciudades del interior. Las galeras venecianas, llamadas «de Berbería», partían regularmente del Lido en la segunda

N.º 374. España y Mauritania.



Posesiones españolas en Mauritania (Presidios): Ceuta, — isla de Alborán (1), — Peñón de Vélez de la Gomera (2), — isla y bahía de Alhucemas (3), — Melilla, — isla Chafarinas (4).
H: Honein, puerto de Tlemcen. — K: Kazar el Kebir, derrota en 1578 del rey Sebastián de Portugal.

quincena de Julio, hacían escala en Siracusa, Trípoli, Djerba, Túnez, Bujía, Argel, Orán, para terminar su viaje en Honein, ciudad actualmente destruída, que servía de escala á Tlemcen¹.

¹ La Mas-Latrie, *Traité de Paix et de Commerce*.

Pero cuando en 1509 el rey Fernando, el conquistador astuto, hubo hecho desembarcar soldados y misioneros sobre la costa de África y entró en Orán, todo cambió por completo. Los musulmanes comprendieron que, no sólo se atacaba á su territorio, sino también á su fe, á su vida, y que el único medio de salvación estaba en defenderse á todo trance, y además, después de haber rechazado al invasor en el mar, era preciso cerrar completamente el país á los cristianos, á su influencia, hasta á su tráfico. La victoria de España hubiese sido el triunfo de la Inquisición, y de una Inquisición no menos feroz que la de la lepra y la llama que devoraban á los Españoles mismos. Sin embargo, los ejércitos de Fernando el «Católico» y después los de Carlos V tenían tan gran fuerza ofensiva que la conquista de la Mauritania, al menos de toda la región del litoral, se hubiera realizado ciertamente, si Europa no hubiese estado á la sazón ocupada en la gran empresa de la exploración y de la colonización del Nuevo Mundo y sobre todo en sus guerras de ambición, en Italia y en toda la Europa occidental. Los Moros de África, ayudados por las poblaciones bereberes, pudieron, pues, resistir la fogosidad de los conquistadores españoles, no sin apelar á los Turcos y sin dejar sus puertos en manos de los piratas. Las tentativas abortadas de los invasores cristianos no tuvieron más resultado que cortar en lo sucesivo toda comunicación pacífica entre los dos litorales del Mediterráneo, el del Cristo y el de Mahoma. El retroceso de la civilización en esos países se hizo de una manera completa para un período de tres siglos: durante ese tiempo no se supieron los acontecimientos ocurridos en el país enemigo de una parte y de otra más que por mediación de los prisioneros reducidos á esclavitud. Verdad es que los Españoles habían podido sostenerse aparentemente sobre la tierra africana, fortificando la ciudad de Orán con una cintura de murallas y de poderosas obras militares; pero se hallaban encerrados en aquel gran cuartel, como lo están actualmente en Ceuta, en Melilla y en sus otros presidios de la costa marroquí: no osaban salir de sus puertas, porque fuera de ellas cada mata ocultaba un enemigo.

Pero ese fracaso de los Españoles al otro lado del mar azul permaneció ignorado ó al menos inexplicado y misterioso, perdido en

el brillo deslumbrador de las victorias. La transformación política de España en ese corto período podía, en efecto, ser considerada como una sucesión de prodigios. Ninguna razón sana hubiera podido prever semejantes acontecimientos. ¿Cómo un pequeño rey de Aragón y una pobre reina de Castilla, personajes secundarios entre los soberanos de Europa, pudieron llevar á término una obra en que los cristianos de España se habían empeñado durante setecientos años? Y esta obra la terminaron por completo, constituyendo la unidad política de los antiguos reinos, y añadiendo á ese núcleo peninsular toda una multitud de ducados, de condados, de señoríos, de ciudades llamadas «libres»; y después surge un nuevo mundo más allá de los Océanos, y ese mundo además se le atribuye España y realiza su conquista: unas bandas compuestas á lo más de algunos centenares de Españoles, se lanzaban casi al azar á través de los países desconocidos, entre millones de hombres que hubieran podido ser amigos, pero á quienes se hacía enemigos por la práctica de violencias y de brutalidades inauditas: seguros de su victoria, aunque privados de toda comunicación con la madre patria, iban siempre adelante, viendo distintamente la virgen María, Santiago de Compostela y otros dignatarios celestiales que acudían para tomar parte en el degüello de los infieles. No era, pues, extraño que, así protegidos por el cielo, tuviesen además los Españoles, por una maravillosa coyuntura de los astros, la suerte de ver su rey, casi un niño, ceñir su cabeza con la corona del «Santo Imperio Romano» que habían gobernado César y Carlomagno. Nada parecía ya imposible: la monarquía universal, imagen terrestre del infinito reino de los cielos, parecía hallarse ya en vísperas de extenderse sobre el mundo.

Y sin embargo, por una punzante ironía de las cosas, España, llegada á la hegemonía de Europa, se hallaba en plena decadencia: los mismos medios por los cuales se había realizado su elevación eran los que debían producir su irremediable caída. La historia detallada del siglo XVI demuestra cómo España, cogida en el engranaje de los acontecimientos humanos, se vió absolutamente incapaz de resolver los problemas de la Naturaleza, industriales, económicos,

intelectuales y morales que se presentaban á los hombres, y cómo, con toda la apariencia de la fuerza, cayó lamentablemente en la impotencia absoluta, debido á que en ese país se había agotado el manantial de toda fuerza: la libertad individual y la autonomía comunal habían desaparecido.



REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

Noticia histórica

PAPAS. Los principales pontífices contemporáneos del Renacimiento y de la Reforma fueron Pío II (1458-1464), Pablo II, Sixto IV (1471-1484), Inocente VIII, Alejandro VI Borgia (1492-1503), el enérgico Julio II de la Rovere, León X (1513-1522), Clemente VIII y Pablo III Farnesio (1534-1550), que reunió el concilio de Trento. Citemos además Pío V (1566-1572) y Sixto V (1585-1590).

FRANCIA. A la muerte de Francisco I en 1547, subió al trono su hijo Enrique II; bajo su reinado Toul, Verdun y Metz fueron incorporadas á Francia y reconquistada Calais, á pesar de la derrota de San Quintín (1557). Sus tres hijos, los últimos Valois, le sucedieron: Francisco II, 1559-1560, Carlos IX, que murió en 1574, y Enrique III, asesinado en 1589, algunos meses después del duque de Guisa. Los últimos Valois presidieron las guerras de religión que, comenzando en 1562 por la matanza de Vassy, duraron hasta el edicto de Nantes en 1598 y de las cuales la de San Bartolomé fué el episodio más conocido (24 Agosto 1572).

IMPERIO. Carlos V abdicó en 1556 y murió en 1558; los príncipes electores eligieron como emperador á su hermano Fernando, ya rey de Bohemia. Fué seguido en línea directa, por el tolerante Maximiliano II (1564-1576) y por Rodolfo (1576-1612). Sobre el trono de España, á Felipe II (1556-1598) sucedieron Felipe III, Felipe IV (1621-1665) y Carlos II que murió en 1700.

PORTUGAL. Su rey Sebastián pereció en Marruecos, y le sucedió un anciano, el cardenal Enrique (1578-1580); á su muerte tomó España posesión del país, pero recobró su independencia en 1640.